

LA FUNDACION



Local del colegio en los Libertadores 490, San Isidro a comienzos de la década del 50

Por: Dr. Manuel Sánchez Palacios



A principios de 1950, vi en un diario de esta Capital, un aviso en el que se invitaba a los padres de familia que deseaban que sus hijos aprendan el idioma inglés, desde el primer año de primaria, a que los inscribieran en un colegio que se había fundado; y que, además de este propósito, se iban a observar los programas oficiales. Acudí a matricular a dos de mis hijos, correspondiéndoles el N° 1 y el N° 2. Días después, los organizadores del nuevo plantel anunciaron en una asamblea, que los aportes hechos por padres americanos, se iban a considerar como hechos en dólares, no obstante que todos los habían hecho en moneda de nuestro país. En la asamblea manifesté lo inconveniente de este distingio que no era exacto, sin conseguir que el propósito se modificara. Al terminar la asamblea, nos reunimos los padres de familia disidentes y, a sugerencia de quien esto escribe, proyectamos formar una cooperativa que sostuviera un plantel de enseñanza. Advierto que en la cátedra a mi cargo, en la Facultad de Derecho de la Universidad Mayor de San Marcos, explicaba y demostraba que cualquier actividad honesta, podía ser obra de una cooperativa, que tiene la ventaja de eliminar al intermediario, al negociante, ayudando al socio cooperador. Para fundarla se acordó con-

tar con un mínimo de 104 niños inscritos. Los padres que formaban la cooperativa, aportarían mil soles por cada niño, o sea que la cooperativa se iba a iniciar con un capital de S/. 150,000, que entonces era una suma considerable, dejando las puertas abiertas para recibir un mayor número de socios cooperadores. El capital de la cooperativa se iba a destinar al arrendamiento del local y a la adquisición del equipo necesario para que el plantel principiara a funcionar dignamente. Para la enseñanza los padres iban a aportar además, mil soles semestrales por hijo. Así se podría hacer un presupuesto anual de gastos de enseñanza por un monto de S/. 300,000.

Se convino en llamar al plantel "Abraham Lincoln", porque este personaje fue en su país, campeón y víctima de la eliminación de distinciones en la organización social.

La actividad de los padres de familia que tomaron parte en el acuerdo, fue extraordinaria. A los tres o cuatro días, ya se había conseguido el mínimo señalado y entonces se formó la cooperativa de enseñanza. Cada concurrente recibió el encargo de buscar local y muchas señoras, madres de familia solicitaron, con nuestro beneplácito y aplauso, que se les permitiera buscar el mejor mobiliario escolar y

“A principios de 1950, vi en un diario de esta Capital, un aviso en el que se invitaba a los padres de familia que deseaban que sus hijos aprendan el idioma inglés, desde el primer año de primaria, a que los inscribieran en un colegio que se había fundado...”

Así lucía el viejo local de Los Libertadores en 1980.



en condiciones adecuadas a nuestra economía. Ellas trajeron precios de bancas, carpetas, escritorios, sillones, pizarrones, estantes, etc., y se pusieron de acuerdo al escoger y comprar lo más conveniente.

También se eligió al presidente de la Cooperativa, elección que inmerecidamente recayó en mi persona; se eligió también al tesorero, que no obstante la forma inmaculada en que se realizaban las adquisiciones, era un verdadero, aunque innecesario, filtro.

En forma específica tuve a mi cargo la redacción del Estatuto de la Cooperativa que una vez aprobado lo presenté al Registro de Cooperativas del Ministerio, para su inscripción. Me costó mucho trabajo conseguirlo, porque no se creía que una cooperativa pudiera tener el fin propuesto. Pero lo conseguí. También estuvo a cargo la solicitud al Ministerio de Educación para el funcionamiento del plantel, acompañando la relación de profesores, solicitud que fue atendida. También estuvo a mi cargo la redacción del contrato de arrendamiento del local para el Colegio, si mal no recuerdo, era de propiedad del Dr. Herard.

Entre las muchas manifestaciones de entonces, vale la pena recordar la visita del Señor Ministro de Educación, cargo que desempeñaba el Sr. General Juan Mendoza Rodríguez, quien tuvo exclamaciones de alegría al recorrerlo y ver el equipo de funcionamiento y de felicitación para los que habían hecho posible el funcionamiento del plantel, anhelando que hubieran iniciativas iguales, en distintos lugares, para hacer esta obra de bien y provecho a la juventud. También del extranjero se solicitó un ejemplar del estatuto que fue traducido al inglés, por uno de los socios cooperadores.

La contratación de profesores fue nuestra mayor preocupación; y cada propuesto era sometido a la consideración de los cooperadores, por si tuvieran que hacer alguna objeción. Hay que tener presente que los buscábamos para la formación de nuestros hijos. No recuerdo quien recomendó a una señora americana que, dijo, era pedagoga y a ella, por contrato, se le puso como directora del colegio, fue la Sra. Allen.

Con relación a los niños, hicimos lo más que entonces se pudo. Para los que vivían distante del colegio, conseguí-

mos un ómnibus, siempre bien revisado y limpio. Tomamos un seguro colectivo contra accidentes que cubría los riesgos, desde que salían de la casa, hasta que regresaban a ella. Para evitar los mismos riesgos si al medio día salían a almorzar, se contrató a un restaurant, el envío de los alimentos a hora fija. Las madres de familia acordaron establecer un turno de control. Cada día, una de ellas debía no sólo constatar la calidad de los alimentos, sino ver que cada niño comiera. Muchos de ellos, por primera vez, tomaban alimentos fuera de su casa; y había que ver el esmero con que los atendían, recordándoles desde la manera de sentarse, hasta la obligación de ser respetuosos con sus vecinos.

Fuera de esto, el último sábado de cada mes, en la tarde, nos reuníamos maestros, padres de familia y niños, en un ambiente de grata camaradería, como que nos unía el mismo propósito: la mejor formación de nuestros hijos. A dichas reuniones sin lujo, ni ostentación, pero sí con la mayor cordialidad, unas señoras llevaban emparedados, otros pasteles, aguas gaseosas, galletas, dulces, etc.; y en ellas, los maestros, en algunos casos, encargaron a ciertos padres más control sobre sus niños; y a la vez, los padres preguntaban a los maestros acerca de la dedicación al estudio de sus hijos.

En un plantel en el que fielmente se cumplían los acuerdos expuestos, no es de extrañar que se hayan formado profesionales competentes, hombres capaces y honestos y madres dignísimas, continuadoras de la tradición en la que se formaron.

Lamento no recordar los nombres de aquellos padres y madres que contribuyeron con su entusiasmo, su fe, su tiempo y su economía a que este plantel fuera uno de los mejores presentados de entonces. A todos ellos reitero mi respetuoso homenaje. Su esfuerzo se halla en lo que hoy es el Abraham Lincoln. Vive, ya 25 años y le deseo ininterrumpido funcionamiento.

Espero que esta brevísima síntesis, llene el propósito de quienes la solicitaron. Mis mejores deseos son para ellos, para el cuerpo docente que prestigia el plantel, para los que en él se han formado y se siguen formando. La redacción de estas líneas, ha tenido la virtud de hacerme vivir uno de mis más gratos recuerdos. ■